

Mauricio Macri, ¿liberal o populista?

*María Esperanza Casullo**

Introducción

En el año 2007 resultó electo en segunda vuelta el ingeniero Mauricio Macri como jefe de gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Este dato, que podría a simple vista resultar anecdótico, marca sin embargo un punto de quiebre importante en la historia política de Argentina, en la medida en que representa el primer ejemplo de una figura y un partido salidos de la elite económica que se demuestran capaces de ganar elecciones democráticas, abiertas y libres, por sí solos. En 2011, la relevancia política del macrismo fue subrayada por dos eventos: la reelección de Mauricio Macri como jefe de gobierno de la Ciudad de Buenos Aires –en segunda vuelta con el 65% de los votos–, y el segundo puesto que el candidato del PRO, Miguel del Sel, obtuvo en la elección a gobernador de la provincia de Santa Fe. Sin embargo, a pesar de estos datos positivos, el futuro electoral nacional del macrismo sigue teniendo ciertas ambigüedades: el PRO, que es fuerte en la Ciudad de Buenos Aires, no ha desarrollado una estructura nacional ni ha reclutado candidatos propios en todas las provincias; su alianza con Francisco De Narváez parece haberse disuelto; no tiene bloque propio en el Senado nacional; y ciertas decisiones de Mauricio Macri (sobre todo negarse a hacerse cargo de los subtes porteños) parecen haber afectado su imagen positiva.

Este ensayo sostiene que estas ambivalencias tienen que ver con una ambigüedad más profunda del macrismo, esto es, su oscilación entre autoconstruirse como una derecha liberal o hacerlo como una derecha populista.

*Asesora del Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI).

El problema de la representación política de las elites económicas en la Argentina del siglo veinte

La crónica inestabilidad política del país durante el siglo pasado tuvo como una de sus causas la incapacidad de los sectores dominantes económicos y sociales de construir una fuerza política netamente de derecha que pudiera, por sí misma, ganar elecciones. A diferencia de Colombia, Venezuela e incluso de Chile, en Argentina a partir de 1916 (si no antes, ya que por lo menos desde 1890 las elites del régimen tuvieron que recurrir al fraude) las viejas fuerzas partidarias del orden oligárquico no pudieron, o no quisieron, jugar el juego de la alternancia democrática.¹ Desde 1916 hasta 1983, la Argentina fue un país con elites diversificadas, innovadoras y modernas en lo económico y lo cultural que, sin embargo, fueron profundamente antidemocráticas en lo político. Sus dirigentes, acostumbrados a operar en un régimen oligárquico regido por acuerdos de caballeros (acompañado, claro está, con algunas dosis de represión), frente a las primeras demandas democráticas no pudieron, o no quisieron, darse la tarea de construir una alternativa política propia, asumidamente “de derecha” (al estilo de los tories ingleses, los partidos de derecha españoles, franceses, alemanes, o el actual Partido Republicano estadounidense, que son, antes que nada y abiertamente, los representantes de una cierta elite económica), capaz de obtener apoyos sociales, ganar elecciones y gobernar eficazmente (Luebbert, 1991).

Desde 1916 hasta 1983, las elites económicas y sociales argentinas solo pudieron llegar al poder utilizando al “partido militar” como *proxy*. Sin embargo, desde 1966 en adelante enfrentaron la progresiva erosión de la fórmula del gobierno cívico-militar, dados los grados cada vez mayores de represión que eran necesarios para estabilizar los gobiernos de facto. En 1983, el derrumbe total y absoluto de la última dictadura –coronado, además, con una derrota bélica– volvió la alianza entre elites económicas y partido militar impracticable.

Durante el gobierno alfonsinista, las elites económicas, excluidas de la arena política, tuvieron sin embargo la capacidad de condicionar la gobernabilidad del nuevo régimen democrático. Pero esta capacidad de condicionamiento era vivida, sin embargo, como insuficiente. Durante el gobierno alfonsinista, las elites económicas descubrieron que el poder de desestabilizar las políticas macroeconómicas del gobierno constitucional no equivalía al poder de gobernar eficazmente al país. (Sidicaro, 2002). Al alfonsinismo le siguió el decenio

¹ Con la excepción de algunas provincias, en donde los viejos partidos del orden oligárquico pudieron reconvertirse en partidos provinciales dominantes, como en San Juan, Salta o Corrientes.

menemista, al que podríamos caracterizar como la edad de oro de la gobernabilidad democrática desde el punto de vista de las elites económicas. A pesar de haber sido elegido con un discurso populista de corte anti-sistema, Carlos Menem demostró tempranamente, con el Plan Bunge y la incorporación de miembros de la UCEDE a su gabinete, que su plan de gobierno era radicalmente diferente: el peronismo populista, que supo ser un factor de limitación de las ganancias empresariales desde 1945 hasta 1974, pasó a ser el garante de una gobernabilidad *business-friendly*. Durante diez años, las elites económicas y sociales gozaron de un gobierno que actuaba como propio, ejecutando un menú de políticas públicas aportado por técnicos liberales; el menemismo demostró, además, que se podía ganar, de manera concluyente, elecciones transparentes y libres, con una plataforma explícitamente pro-negocios. En este sentido, el menemismo representó un quiebre y un aprendizaje para las elites económicas de este país. Con el menemismo, la derecha argentina aprendió a abrazar a su anterior enemigo, el populismo. Así en 1995, con la reelección de Carlos Menem, los sectores concentrados de la economía vivieron una experiencia que solo puede calificarse como una epifanía.

El ciclo de mayor acumulación económica y política para las elites vernáculas solo pudo darse cuando una fracción de las elites neoliberales pudieron simbiotizarse con su anterior enemigo, el peronismo. Para las facciones de la elite asociadas a los sectores financieros, esta fue casi la fórmula perfecta: el Partido Justicialista encolumnado detrás de Carlos Menem ofrecía capacidad electoral y el disciplinamiento relativamente no violento de los sectores populares, y ponía estos elementos al servicio de la acumulación financiera a cambio de ciertos beneficios. La revelación, si así puede llamársela, fue descubrir que es mucho mejor, más eficaz y menos sangriento ganar elecciones que gobernar mediante gobiernos dictatoriales. Y que, para esto, no había mejor aliado que el antiguo populismo.

De hecho, esta fórmula parecía tan atractiva que la Alianza intentó, a su manera, reconstruirla en su propio gobierno, luego de su victoria en 1999. La Alianza aceptó las reglas de juego, e intentó demostrar que la combinación de gobernabilidad política con no-intervención en la esfera económica podía mejorarse sumándole el valor diferencial de la no corrupción y la transparencia. Por supuesto, el fracaso de la Alianza reforzó la convicción de ciertos sectores de la elite económica de que el populismo, no el progresismo, era el ingrediente para garantizar el mínimo de gobernabilidad necesaria para la acumulación empresarial.

De alguna manera, los momentos que siguieron a la crisis del 2001 demostraron que en sectores de la elite empresaria del país las añoranzas de la fórmula menemista seguían pesando. Eduardo Duhalde quiso, a su manera, reconstruir esta alianza entre peronismo y empresas, pero no pudo estabilizar su gobierno. La victoria de Carlos Menem en primera vuelta en 2003 pareció ofrecer la promesa del regreso de la fórmula de un populismo peronista que implementara, “llave en mano”, las políticas económicas preferidas por un sector de la elite (Sidicaro, 2002), pero el error de cálculo de Carlos Menem al negarse a participar en la segunda vuelta (probablemente pensando que el rápido fracaso del relativamente desconocido Néstor Kirchner lo volvería al poder) clausuró esta posibilidad.

El gobierno de Néstor Kirchner reafirmó el lugar central del Estado como organizador de la vida económica del país; es decir, se fundó en 2003 un gobierno peronista que eligió la ruptura con el peronismo del decenio anterior. Por distintas razones, que no viene al caso analizar en este artículo, un gobierno que impulsó una intervención moderada del Estado en el ámbito económico vía mayores regulaciones, que no realizó cambios de fondo en la institucionalidad del país y que dinamizó el mercado interno y el consumo fue sin embargo rechazado unánimemente por los grupos empresarios, aun en aquellos casos de sectores “ganadores” bajo el actual gobierno. (Etchemendy y Garay, 2011).

El pasaje de aliados a opositores de un gobierno peronista abrió una instancia dilemática para los grupos nacidos de las elites económicas. Por un lado, estos grupos están hoy, podríamos decir, *condenados* a participar del juego democrático, ya que la opción de una intervención militar se encuentra clausurada —clausura reforzada, por un lado, por la política de activación de los juicios hacia los responsables del terrorismo de Estado de los gobiernos kirchneristas y, por otro lado, por el descrédito social causado por los excesos retóricos de los sectores asociados a los familiares de los acusados en esos mismos juicios—. Sin embargo, las elites económicas se encuentran hoy en una situación extrañamente similar a las planteadas en 1916 o 1945, o sea, carecen, por una parte, de una fuerza política propia que sea confiable en cuanto a la orientación de sus políticas públicas y capaz de ganar elecciones, y carecen también de un líder ajeno que esté dispuesto a aceptar sus políticas “llave en mano”. La asunción de Néstor Kirchner fue posibilitada por el hecho de que el voto de la derecha se dividió entre un candidato de derecha populista (Menem) y uno con un discurso liberal clásico (Ricardo López Murphy). Desde 2003 hasta aquí, la

coexistencia y competencia de estas dos derechas –liberal y populista– ha sido un factor que facilitó la gobernabilidad del kirchnerismo.

El dilema aparece, entonces, planteado de esta manera: las elites económicas deben decidir si intentan cooptar una vez más al Partido Justicialista como brazo electoral o construir, desde afuera, una fuerza política propia. La dificultad, por supuesto, con la primera opción es que actualmente el “partido-máquina” (Levitsky y Roberts, 2001) del PJ está hegemonizado por el populismo de izquierda kirchnerista.

Y aquí surge Mauricio Macri, quien pareció optar decididamente por la segunda opción. Por primera vez, una figura de impecables credenciales para la elite (hijo de una de las más importantes fortunas de la Argentina, ex director de una de las mayores automotrices del país y personaje reconocible de las revistas de la farándula) no solo tomó la decisión de lanzarse a la política, sino que lo hizo de manera exitosa, ganando el gobierno de la principal ciudad del país y derrotando además a Daniel Filmus, una de las principales espadas del oficialismo en la CABA. Y, con la amplia reelección de Mauricio Macri como jefe de gobierno, sumada al excelente segundo puesto de Miguel Del Sel en Santa Fé, se demostró que un candidato propio de la elite económica podía no solo jugar a la política en igualdad de condiciones, sino además ganarle al peronismo, nada menos.

Que en este país la elite económica sepa que puede llegar al gobierno mediante la política no deja de ser un desarrollo positivo, en la medida en que encarrila su participación dentro de los canales de la política institucional. Esto no significa, sin embargo, que uno no deba preguntarse cómo será esta fuerza de derecha. En especial, dado que existen dos modelos posibles para tal fuerza (liberal o populista), la derecha en Argentina podría tomar dos variantes opuestas o constituirse como una forma híbrida entre ellas. Una derecha conservadora, republicana en el discurso, pero antipopular y represiva en sus políticas públicas, o una derecha neoliberal populista, más movilizante e inclusiva, al menos en lo político.

Qué entendemos por populismo

En los últimos años, la llamada “panacea neoliberal” ha dado paso a una época de nueva creatividad política en Latinoamérica. Esta renovada creatividad política se expresa tanto “por izquierda”, en los gobiernos de Brasil, Venezuela,

Bolivia, Ecuador, Paraguay y Uruguay, como por derecha, en Colombia, Chile y, en menor medida, México.

Un término que ha tomado centralidad en este debate es el de “populismo”. En general, en este momento solo se asocia al populismo con los nuevos regímenes de izquierda. Indudablemente, es este un caso de la teoría respondiendo a la realidad: luego de la sucesión de crisis económico-políticas que marcaron el fin de ciclo de los regímenes neoliberales en la región, se vio aquí un “renacer populista”, encarnado en gobiernos como el de Hugo Chávez en Venezuela, Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador. Con escasas excepciones, la ciencia política contemporánea es muy crítica de estos “nuevos populismos latinoamericanos”. En general, se les achaca ser económicamente inviables, culturalmente autoritarios y políticamente antiliberales (BID, 2006).

El término “populista” es arrojado de aquí para allá sin que exista, en su uso, una gran claridad conceptual. En muchos casos la palabra “populista” es utilizada como sinónimo de “izquierdista” o “antidemocrático”. Sin embargo, al decir que Mauricio Macri bien podría optar por un posicionamiento populista lo hacemos teniendo bien en claro que el populismo es, al decir de Ernesto Laclau, una forma política y no un contenido, y que, por lo tanto, pueden existir tanto populismos de izquierda como de derecha (Laclau, 2005). De hecho, en nuestra propia región encontramos ejemplos tanto de unos como de otros (Evo Morales, Rafael Correa y Hugo Chávez en el primer campo; Álvaro Uribe y tal vez Sebastián Piñera en el otro).

a) Los populismos clásicos de izquierda

El populismo clásico fue en Latinoamérica el intento de creación de una forma política *sui generis* que diera cuenta de las particularidades de las sociedades políticas de la región. El populismo latinoamericano compartía rasgos con las democracias, las socialdemocracias y los regímenes movimientistas y movilizantes (Luebbert, 1991), pero era, al mismo tiempo, algo más que un simple híbrido. El populismo ha sido un fenómeno concomitante con el modo predominante de articulación entre política, economía y sociedad en Latinoamérica: la “matriz Estado-céntrica” (Cavarozzi, 1996). Así, el populismo ha sido, en Latinoamérica, antes que nada *estatista, distribucionista e inclusivo* (Germani, 1956 y 1978; Lipset, 1983 y 1968; Di Tella, 1990 y 2003). Una estrategia común a los regímenes populistas latinoamericanos consistió en el

fortalecimiento de la legitimidad política y las capacidades burocráticas del Estado para apropiarse de parte de la renta de los sectores exportadores, para sustentar con ello políticas de distribución del ingreso y de protección a la industria (Sidicaro, 2002).

Los regímenes populistas tuvieron desde el inicio dos debilidades intrínsecas derivadas de su patrón de politización estatista: el crónico déficit fiscal y la debilidad del sistema de partidos y del Estado de derecho. El agravamiento de las inconsistencias inherentes a la matriz Estado-céntrica no fue ajeno a la pérdida progresiva de legitimidad de los regímenes populistas. Esta deslegitimación fue concomitante con el apoyo social mostrado hacia los sucesivos intentos de reforma neoliberal del Estado, expresados primero en la década del setenta por gobiernos dictatoriales y luego en los diversos gobiernos que siguieron la “panacea neoliberal” en los noventa.

Como vía de salida a la crisis de la panacea neoliberal se ha producido en varios países de la región un reacomodamiento ideológico que muchos han denominado “giro populista”, expresado en los gobiernos de Néstor Kirchner en Argentina, Evo Morales en Bolivia y Hugo Chávez en Venezuela. El éxito de cada una de estas estrategias de rearticulación populista está por verse. En cada uno de estos tres países permanecen ciertos rasgos fundamentales de la movilización populista, como la tendencia a dicotomizar el espacio político en una relación de amigo-enemigo (Laclau, 2005), que conviven con otros rasgos que los emparentan con los populismos de entreguerras, como el afán distribucionista (Levitsky y Roberts, 2011). En este sentido, los “nuevos” populismos marcan la reestructuración del discurso populista en torno a ejes que habían estado tradicionalmente ausentes de los populismos “de primera generación”: la cuestión indígena y étnica (Bolivia), los derechos humanos y los derechos de las minorías sexuales (Argentina), o el paso de una posición “no alineada” al intento de jugar un papel preponderante en la formación de un nuevo orden mundial.

b) Los populismos de derecha o neopopulismos

La desestructuración de la matriz Estado-céntrica fue también la desestructuración del modelo clásico de régimen populista latinoamericano. Por un lado, porque en un escenario caracterizado por la disminución de los poderes y atribuciones del Estado, este ya no podría ser el árbitro último de las interacciones sociales. Por el otro, porque los tropos populistas parecían haber perdido

finalmente gran parte de su eficacia. Una vez superada la etapa de “retorno abortivo al pasado” de la década del ochenta, muchos de los políticos de la década del noventa, aun aquellos pertenecientes a los partidos tradicionalmente populistas, adoptaron discursos basados en la necesidad de pasar a una nueva lógica política; “moderna”, “racional”, “liberal” o “globalizada” (Sidicaro, 2002: 162; Weyland, 1996).

Sin embargo, lo interesante es que este discurso liberal-democrático se expresó también en forma de híbrido. Antes que realizar la utopía de un liberalismo político y económico, “antipopulista y tecnocráticamente dominado”, expresado en el Consenso de Washington (Roberts, 2003: 35), los regímenes que se consolidaron durante la década del noventa en Perú, Brasil y Argentina —y en el caso colombiano y chileno más recientemente, hasta cierto punto— combinaron características liberales con otras populistas. A partir de este hecho, en los tempranos noventa, un cuerpo de literatura relativamente nuevo comenzó a llamar la atención sobre los así llamados “neopopulismos”, o regímenes que fueron capaces de utilizar instrumentalmente los medios populistas de movilización para implementar reformas neoliberales durante los noventa. Ese fue el caso de Carlos Menem en Argentina, Fernando Collor de Melo en Brasil y Alberto Fujimori en Perú (Weyland, 1999; Roberts, 1995).

Los populismos de derecha comparten algunas características con los populismos clásicos, pero tienen cruciales diferencias. Políticamente, no son movilizantes sino desmovilizantes y privatistas, o sea, apelan a las personas no tanto como miembros de un colectivo movilizado sino en cuanto individuos, que se relacionan con el líder en su esfera privada. Por esto mismo, los medios de comunicación, sobre todo los medios audiovisuales, desplazan a la plaza pública como *locus* del vínculo entre líder y masa.² Económicamente, rompen con la tradición estatista y distribucionista de los viejos líderes populistas para llevar adelante agendas que son un completo negativo de estas: neoliberales, achican el Estado y, si llevan adelante medidas distribucionistas, son en sentido inverso, o sea, direccionando recursos de las clases medias y populares hacia los sectores concentrados de la economía (Weyland, 1996; Korzeniewicz y Smith 2000).

Existen ciertas diferencias, sin embargo, entre estos neopopulismos y los regímenes liberales de derecha más clásicos. Los neopopulismos son, al menos discursivamente, más inclusivos, y se caracterizan por realizar promesas de

² Por eso, varios líderes populistas de derecha han surgido desde los medios de comunicación de masas, como el caso paradigmático de Silvio Berlusconi. En otros casos, si bien comenzaron en la política, se transformaron rápidamente en personalidades televisivas, como el caso de Sarah Palin en Estados Unidos.

prosperidad material futura, si no presente, y por propiciar una relación de admiración –aun mediada por los medios masivos– hacia un líder personalista.

El macrismo, ¿liberal o populista?

Argentina es un país muy interesante para pensar la relación entre populismos de izquierda y derecha, ya que su campo político se articula alrededor de dos clivajes cruzados: izquierda/derecha y liberalismo/populismo. Esto deja cuatro cuadrantes, definidos por la intersección de los dos clivajes: populismo de izquierda, populismo de derecha, liberalismo de izquierda y liberalismo de derecha. (Ostiguy, 2005).

Según este esquema, para ubicar a una fuerza política en el espacio ideológico no es suficiente con conocer su contenido programático (Kitschelt *et ál.*, 2010), sino que debe analizarse también su relación con la “forma” política del populismo:

Figura 1:

		CONTENIDO	
		Izquierda	Derecha
FORMA	Populista	Frente para la Victoria	Peronismo Federal Alberto Rodríguez Saá Eduardo Duhalde ¿Mauricio Macri?
	Liberal	UCR Frente Amplio Progresista	Elisa Carrió Ricardo López Murphy

En la actualidad, el cuadrante del populismo de izquierda está ocupado por la coalición kirchnerista, que incluye a la mayoría del partido peronista, algunos partidos de centroizquierda y algunos movimientos sociales. Existe además una opción liberal de izquierda corporizada en la UCR y el FAP, que, al menos en sus encarnaciones actuales, rechazan de antemano cualquier tipo

de apelación populista. (Por supuesto, la UCR tuvo encarnaciones populistas anteriormente, ya sea durante la hegemonía yrigoyenista, o durante los años del “Tercer Movimiento Histórico” alfonsinista). A su vez, el cuadrante de la derecha populista está ocupado hoy por los desprendimientos del PJ, como Eduardo Duhalde, Alberto Rodríguez Saá y el llamado Peronismo Federal, mientras que la derecha liberal corresponde a Elisa Carrió y Ricardo López Murphy.

Queda por saberse si el macrismo derivará en un posicionamiento liberal o un posicionamiento populista. A nuestro entender, esta pregunta resulta ser crucial para entender de qué manera se organizará el sistema político del país en los próximos años.

Mauricio Macri, ¿liberal o populista?

El modo de construcción político populista se basa en la conformación de una articulación de tipo movimientista policlasista que suma muy diversos actores políticos y sociales, nucleándolos alrededor de algunas ideas-fuerza muy potentes pero también muy vagas (lo que Laclau llama “significantes vacíos”). Las identidades populistas suelen estar además asociadas a liderazgos personalistas; el/la líder cumple con la función imprescindible de asegurar, dentro de lo posible, la coherencia interna de un movimiento que está, siempre y necesariamente, a punto de estallar. Para lograr esto, el líder deberá hacer una definición sumamente astuta de los significantes vacíos (definiéndolos de tal manera que apelen por igual a los distintos sectores del movimiento) y reforzar la solidaridad interna mediante una permanente división del campo político (es decir, dirigirse a un “nosotros” y antagonizar permanentemente con un “ellos”). (Laclau, 2005).

La derecha liberal argentina, sin embargo, se ha comportado históricamente de una manera distinta: para empezar, es una derecha que no concibe ninguna coalición que contenga sectores populares, ni siquiera en una posición asimétrica; más bien, a lo largo del siglo xx, la derecha liberal argentina no ha ofrecido a los sectores populares más que coerción más o menos abierta. Por así decirlo, una derecha neoliberal debe tener algún tipo de anclaje y llegada a lo popular, y debe garantizar un mínimo de inclusividad dentro de su coalición política y su discurso. Carlos Menem era, en este sentido, un neo-populista nato: comprendía y podía demostrar que también consumía ciertos gustos populares, entre ellos el fútbol (el que como veremos será central en el ascenso macrista). Menem, además, se involucraba activamente en la búsqueda del voto

de los sectores populares, y dedicaba ingentes recursos a sostener redes implantadas en territorios críticos, sobre todo en la provincia de Buenos Aires. Como argumenta Steven Levitsky, aun en su fase desmovilizante de los noventa, el peronismo mantuvo siempre una poderosa infraestructura de base, una amplia base activista, y extensos vínculos con la clase baja y trabajadora, estructurados en una densa cobertura territorial. (Levitsky, 2001).

Obviamente, la derecha liberal clásica argentina nunca pudo, o nunca quiso, construir tal infraestructura de base ni tales vínculos con la clase trabajadora; siempre ha rechazado, además, la dimensión carismática que es central en el vínculo entre líder y movimiento; antes bien, la derecha liberal ha tenido una sucesión de figuras casi agresivamente anti-carismáticas (Álvaro Alsogaray, José Alfredo Martínez de Hoz, María Julia Alsogaray, Ricardo López Murphy).

Podemos hacer un breve resumen de las diferencias entre derecha liberal y populista en la figura que sigue:

Figura 2: Derecha liberal y derecha populista en Argentina

	Derecha liberal	Populismo de derecha
Liderazgo	Tecnocrático	Carismático
Base de la coalición	Clases medias altas/medias	Coalición de “ricos y pobres”
Apelación discursiva	Tecnocrática/coercitiva: “hay que pasar el invierno”	Directa, delegativa, informal: “síguenme”

En la historia argentina del siglo xx, la derecha liberal se caracterizó por la combinación de apelaciones discursivas que combinaban el discurso tecnocrático con ciertos ribetes coercitivos; después de todo, la derecha liberal argentina vivió en la aparente paradoja de llegar al poder exclusivamente como cuadros técnico-políticos de las dictaduras militares. Además, su rechazo de las formas de movilización populista hizo que en general sus referentes fueran figuras casi agresivamente anticarismáticas y poco atractivas en público. Por supuesto, la imposibilidad de la derecha liberal de perforar su anclaje social y territorial en las clases altas y medias altas de la argentina clausuraban sus perspectivas electorales; incluso bajo el gobierno de Menem los miembros de la UCEDE se integraron (a la excepción de María Julia Alsogaray) como funcionarios de

segunda línea que dependían de las características carismáticas y movilizantes del peronismo para continuar en el poder.

El relato macrista en relación con el Parque Indoamericano

La tensión entre una orientación republicana-liberal y una orientación más populista de derecha quedó al descubierto desde el primer momento en el gobierno de Mauricio Macri. Su origen familiar y su historia personal (hijo de Franco Macri, graduado del colegio Cardenal Newman y del ITBA, ex directivo de la automotriz SEVEL) hacían suponer que, de elegir una carrera política, su perfil sería más similar a la de la derecha liberal tradicional. Así, hacía suponerlo también el perfil de los principales colaboradores de Macri, como Federico Pinedo u Horacio Rodríguez Larreta, que reflejan, en su discurso y presentación pública, la historia de la derecha liberal más clásica.

Sin embargo, rápidamente se reveló que Macri representaba a un sector de la elite que había aprendido la lección del decenio menemista. Macri eligió una ruta heterodoxa hacia la política, basada sobre todo en apelaciones afectivas hacia lo popular a partir de su gestión al frente del club Boca Juniors. A esto se le sumó una muy eficaz campaña electoral basada en una imagen de alegría, buena onda y cercanía con el votante y en una muy fuerte desideologización de su discurso, sintetizados en su eslogan “Va a estar bueno Buenos Aires.”

Sin embargo, ya en su su primera campaña, en el discurso de Macri convivía la “buena onda” con figuras discursivas más clásicas, identificadas sobre todo con un fuerte énfasis despolitizador y tecnocratizante, expresado en sus frecuentes menciones a que “la gente no quiere política sino gestión” y con la promesa de impedir la protesta social en la ciudad.

En este sentido, resulta interesante el intento de Macri de instituir como sujeto de su mito fundante a una figura política novedosa, el “vecino”. El vecino al cual le habla Macri resulta una figura por completo despolitizada y de carácter estrictamente privado. El vecino es además una figura económica, en la medida en que uno “se hace vecino” al pagar los impuestos de la ciudad. El vecino macrista habita una ciudad que debe ser, ante todo, no problemática: no debe haber problemas de tránsito, no debe haber manifestaciones o piquetes, no debe haber robos o inseguridad, no debe haber ocupaciones indebidas de espacios públicos. La ciudad del vecino macrista se convierte así en un marco negativo, un telón de fondo sobre el cual el vecino puede desarrollar en libertad sus acciones privadas. La categoría de “vecino” aparece, a priori, como muy poco

adecuada para constituir con ella un pueblo, ya que resulta una idea de muy difícil articulación colectiva.

En el mito fundante macrista, el líder político y su partido tienen menos un papel redentor o integrador que un papel puramente negativo: garantizar el orden estático y aparential de una ciudad que se imagina a sí misma como un ámbito privilegiado para el consumo burgués.

Sin embargo, junto a una apelación de tipo liberal se mostraban esfuerzos por construir un vínculo afectivo entre las clases populares y Macri. Estos esfuerzos tuvieron como eje su asociación con el contenido semántico “Boca Juniors” y se expresaron en un uso ciertamente astuto de la televisión popular (por ejemplo, en sus frecuentes visitas al programa de Marcelo Tinelli) y de la prensa del corazón (como quedó demostrado en la amplísima cobertura que las revistas de este tipo hicieron y hacen del casamiento, paternidad, vacaciones y descanso de Macri y su familia).

En los últimos tiempos, Macri redobló la apuesta de su asociación con la farándula, por ejemplo, con la invitación de conspicuas figuras del entretenimiento a la reinauguración del Teatro Colón en el 2010, y con la candidatura del popular cómico Miguel Del Sel a gobernador de la provincia de Santa Fe.

También, su campaña intentó acercarlo a los sectores populares del sur de la ciudad (esfuerzos ejemplificados en la famosa foto de campaña con una niña de una de las villas del barrio de Soldati). Además de los discursos, otro puntal del éxito del macrismo en la Ciudad de Buenos Aires es la capacidad de su operador político entre las clases populares (el ex-peronista Cristian Ritondo) de armar una red con fuerte llegada a los barrios y las villas del sur porteño; en este caso, el PRO demostró haber descartado el prurito de la derecha liberal clásica de hacer política entre los pobres.

Conclusión

Sin embargo, algunos hechos de los últimos tiempos (entre ellos, los eventos del Parque Indoamericano) mostraron los límites del movimiento. El principal problema que tiene Macri es que es un político que prefiere el silencio a la exposición, y que depende de *surrogates* que hablen por él en el momento de crisis. Mauricio Macri es un líder curiosamente poco propenso a hablar sobre los problemas políticos. El líder populista es el único que puede articular en público su propio mito: ninguna figura secundaria puede hacerlo por él. Además, los líderes neopopulistas compensan las políticas económicas antipopulares con

hiperactividad mediática: siempre son los primeros en llegar frente a las cámaras, como Sebastián Piñera o Silvio Berlusconi. Mauricio Macri, sin embargo, se caracteriza por escapar a la exposición ante cualquier crisis, recluyéndose lejos de las cámaras y sin dar declaraciones.

La represión a los ocupantes del Parque Indoamericano mostró que un líder populista —aun un líder populista de derecha— puede utilizar, por momentos, fuertes tácticas represivas. Sin embargo, no puede ofrecer, frente a una crisis, solo represión. Sobre todo, no puede ofrecer, frente a una crisis de estas características, solo silencio: debe, antes que nada, generar un relato que dé sentido a las situaciones críticas en términos que sean, al menos, mínimamente inclusivos. Sin embargo, frente a la crisis del Indoamericano el gobierno macrista optó, primero, por el silencio; luego, por la legitimación de la represión, y finalmente, por un discurso que hacía hincapié en una (supuesta) “inmigración descontrolada”. Vale decir: frente a esta, como frente a otras crisis, el macrismo ha respondido con la negación de la discursividad inclusiva, o sea, la negación a hacer política.

Por supuesto, se puede responder que, solo meses después de lo sucedido en el Parque Indoamericano, el macrismo fue reelecto en la ciudad por una cómoda mayoría, y que la implantación del macrismo en los barrios más pobres compensa el silencio discursivo del líder. Ambas cosas son ciertas.

Sin embargo, esta tendencia de Mauricio Macri de rehuir a la confrontación política y su tendencia a no querer o no poder negociar con otras fuerzas políticas nacionales pueden dificultar su ascenso al nivel nacional, donde no cuenta con los recursos de ser oficialismo. Así, sus limitaciones quedaron también a la vista en el manejo que hizo el PRO del traspaso del subterráneo porteño. Luego de aceptar el traspaso del subte de la órbita nacional a la local y subir las tarifas, Mauricio Macri optó por devolverlo a la Nación. En el camino, el PRO no pudo conseguir en el Congreso la solidaridad de ningún otro partido político, ya que los representantes de las provincias no ven con buenos ojos que la Nación subsidie el transporte público del distrito más rico del país. Luego de un par de conferencias de prensa de Macri, donde lució frustrado y enojado, el Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires siguió rechazando el traspaso y envió la cuestión a la Corte Suprema. (Recientes encuestas muestran una cierta erosión de la buena imagen de Mauricio Macri en los últimos meses).

El intento de constituir apelaciones típicas de un populismo de derecha obedece por supuesto a evaluaciones electorales. En la Ciudad de Buenos Aires, y más aún en la Argentina, el electorado que podríamos identificar como de orientación netamente liberal no es una pluralidad lo suficientemente amplia

como para ganar, por sí solo, una elección. En este sentido, parecería existir en el macrismo una cierta aceptación de la idea de que una experiencia de derecha que no contenga un elemento populista está condenada al fracaso.

La apuesta macrista, en suma, consiste en combinar una línea de derecha liberal clásica en lo que tiene que ver con sus políticas públicas (reducción de la inversión estatal en salud y educación, privatización del espacio público, segregación socioeconómica de la ciudad) con apelaciones de tipo populista que le otorguen viabilidad electoral a su partido sin necesitar de una alianza formal con el PJ ni estar subordinados a su liderazgo. De alcanzar el gobierno nacional este movimiento neo-populista no peronista, sería realmente un logro revolucionario para las elites de nuestro país, que podrían así, por primera vez en la historia argentina, ganar una elección nacional autónomamente.

La construcción de una alternativa populista propia para enfrentar al populismo de izquierda del gobierno de Cristina Fernández de Kirchner es una tarea crucial para las elites nacionales, ya que no existe hoy en Argentina un electorado nacional lo suficientemente amplio que pueda optar por una opción liberal de derecha clásica (solo hay que ver, para corroborar esta hipótesis, el recorrido de candidatos como Ricardo López Murphy o Elías Carrió con posterioridad a la crisis del campo).

Pero esta es la paradoja: un corrimiento del macrismo hacia la derecha liberal, que consolidaría un dominio más férreo de su propio distrito, puede hacer zozobrar, a largo plazo, la viabilidad del proyecto nacional. Vale decir, en Buenos Aires existe un electorado del PRO que se siente comfortable con una derecha más liberal; sin embargo, si se encierra en el sector en el que se siente comfortable, Mauricio Macri puede perder al mismo tiempo la posibilidad de apelar al electorado más amplio que es necesario para ganar una elección nacional.

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo (2005), “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”, en *Estudios Sociales*, xv, primer semestre.
- Austin, John (1971), *Cómo hacer cosas con palabras*, Buenos Aires, Paidós.
- Bajtín, Mijaíl (1982), *Estética de la creación verbal*, México, Siglo XXI.
- Canovan, Margaret (2005), *The People*, Cambridge, Polity Press.

- Cavarozzi, Marcelo (1996), “La política, clave de largo plazo latinoamericano”, en *El Capitalismo político tardío y su crisis en América Latina*, Rosario, Homo Sapiens.
- Conniff, Michael L. (1999), *Populism in Latin America*, Tuscaloosa, University of Alabama Press.
- De la Torre, Carlos (2003), “Masas, pueblo y democracia: un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo”, en *Revista de Ciencia Política*, 23, Santiago de Chile, pp. 55-66.
- Di Tella, Torcuato S. (1990), *Latin American Politics: A Theoretical Framework*, Austin, The University of Texas Press.
- _____ (2003), *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires, Ariel.
- Etchemendy, Sebastián, y Candelaria Garay (2011), “Argentina. Left Populism in Comparative Perspective”, en *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Germani, Gino (1956), *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós.
- _____ (1978), *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, Buenos Aires, Paidós.
- Guardilla, María del Pilar (2007), “Ciudadanía y autonomía en las organizaciones sociales bolivarianas: los Comités de Tierra Urbana como movimientos sociales”, en *Cuadernos del Cendes*, Caracas.
- Ianni, Octavio (1984), *La formación del Estado populista en América Latina*, México DF, Ediciones ERA.
- Inter-American Development Bank (2006), *The Politics of Policies. Economic and Social Progress in Latin America, 2006 Report*, Cambridge, Harvard University Press.
- Kitschelt, Herbert, Kirk A. Hawkins, Juan Pablo Luna, Guillermo Rosas, y Elizabeth J. Zechmeister (2010), *Latin America Party Systems*, Cambridge UK, Cambridge University Press.
- Knight, Alan (1998), “Populism and Neopopulism in Latin America, Especially Mexico”, en *Journal of Latin American Studies*, 30, pp. 223-248.

- Korzeniewicz, Roberto Patricio y William C. Smith (2000), “Pobreza, desigualdad y crecimiento en América Latina: en búsqueda del camino superior a la globalización”, en *Desarrollo Económico* 40, 159, diciembre, pp. 387-424.
- Laclau, Ernesto (1987), “Populismo y transformación del imaginario político en América Latina”, en *Boletín de estudios latinoamericanos y del Caribe*, 42, pp. 25-38.
- Levitsky, Steven y Kenneth Roberts (2011), “Latin America’s Left Turn. A Framework for Analysis”, *The Resurgence of the Latin American Left*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Levitsky, Steven (2001), “Una ‘des-organización organizada’: organización informal y persistencia de estructuras partidarias locales en el peronismo argentino”, en *Revista de Ciencias Sociales, Universidad de Quilmes*, 12, pp. 7-62.
- Linz, Juan y Alfred Stepan (1996), *Problems of Democratic Transition and Consolidation. Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Lipset, Seymour Martin (1968), *Political Man: The Social Bases of Politics*, Nueva York, Doubleday.
- Luebbert, Gregory (1991), *Liberalism, Fascism or Social Democracy*, Oxford, Oxford University Press.
- Mayorga, Fernando (2008), “El gobierno de Evo Morales: cambio político y transición estatal en Bolivia”, *paper* presentado en el seminario “Tendencias políticas actuales en los países andinos”, Kyoto, Universidad de Kyoto, Center for Integrated Area Studies.
- Mouffé, Chantal (2003), *El retorno de lo político*, Buenos Aires, Paidós.
- Ostiguy, Pierre (2005), “Gauches Péroniste Et Non Péroniste Dans Le Système De Partis Argentin”, en *Revue Internationale De Politique Comparée*, 12 (3): 299.
- Panizza, Francesco (2005), *Populism and the Mirror of Democracy*, Londres, Verso.
- Portantiero, Juan Carlos y Miguel Murmis (1971), *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Roberts, Kenneth M. (1995), “Neoliberalism and the Transformation of Populism in Latin America: The Peruvian Case”, en *World Politics*, 48, pp. 82-116.

_____ (2003), “Social Correlates of Party System Demise and Populist Resurgence in Venezuela”, en *Latin American Politics and Society*, 45, 2, pp. 35-57.

Searle, John (1980), *Actos de habla*, Buenos Aires, Cátedra.

Sidicaro, Ricardo (2002), *Los tres peronismos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

Verón, Eliseo (1987), *La Semiosis Social*, Barcelona, Gedisa.

Voloshinov, V. N. (1976), *El signo ideológico y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Weyland, Kurt (1999), “Neoliberal Populism in Latin America and Eastern Europe”, en *Comparative Politics*, 31, pp. 379-401.

_____ (2004), “Neoliberalism and Democracy in Latin America: A Mixed Record”, en *Latin American Politics & Society*, 46, pp. 135-157.